



UNIVERSIDAD ESTATAL DE MILAGRO

REPÚBLICA DEL ECUADOR

UNIVERSIDAD ESTATAL DE MILAGRO

VICERRECTORADO DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

FACULTAD DE POSGRADOS

**ARTÍCULOS PROFESIONALES DE ALTO NIVEL
PREVIO A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE:**

**MAGÍSTER EN EDUCACIÓN INICIAL CON MENCIÓN EN INNOVACIÓN
EN EL DESARROLLO INFANTIL**

TEMA:

**Intervención pedagógica basada en el juego activo para fortalecer el
desarrollo social en niños de 2 a 3 años**

Autoras:

**Pamela Carolina Bonilla Ramos
Andrea Elizabeth Guijarro Machado**

Tutor:

Mgtr. Steven Arturo Torres Burgos

Milagro, 2026

RESUMEN

La presente investigación analizó el impacto de una intervención pedagógica basada en el juego activo para fortalecer el desarrollo social en niños de 2 a 3 años dentro de un contexto de educación inicial. El estudio surgió debido a la necesidad de implementar estrategias pedagógicas más dinámicas y participativas frente a las limitaciones observadas en metodologías tradicionales caracterizadas por baja interacción social y escasas experiencias lúdicas activas durante la primera infancia. Metodológicamente, la investigación se desarrolló bajo un enfoque mixto con predominancia cuantitativa, utilizando un diseño cuasi experimental con grupo experimental y grupo de control, aplicando pretest y postest para evaluar cambios en el desarrollo social infantil. La población estuvo conformada por 54 niños distribuidos equitativamente en ambos grupos. Para la recolección de información se utilizaron fichas de observación estructurada, observación participante y diario de campo pedagógico. La intervención pedagógica estuvo integrada por actividades lúdicas dinámicas, juegos cooperativos y experiencias motrices desarrolladas durante ocho semanas consecutivas. Los resultados evidenciaron que antes de la intervención predominaban niveles bajos de interacción social, comunicación y cooperación en ambos grupos. Sin embargo, después de la aplicación del programa pedagógico, el 63,0 % de los niños del grupo experimental alcanzó niveles altos de interacción social, el 66,7 % mejoró significativamente su comunicación interpersonal y el 70,4 % fortaleció habilidades relacionadas con cooperación y participación grupal. Las pruebas estadísticas de Wilcoxon y Mann-Whitney reflejaron diferencias significativas con valores inferiores a $p < 0,05$, confirmando la efectividad de la intervención pedagógica. Se concluye que el juego activo constituye una estrategia educativa efectiva para fortalecer el desarrollo social durante la primera infancia, favoreciendo procesos de interacción, convivencia y participación colectiva dentro del aula infantil. Asimismo, se reconoce la necesidad de promover metodologías activas y lúdicas dentro de los programas de educación inicial para garantizar experiencias educativas más integrales y humanizadas.

PALABRAS CLAVES

Juego activo, Desarrollo social, Educación inicial, Intervención pedagógica, Primera infancia.

ABSTRACT

This research analyzed the impact of a pedagogical intervention based on active play to strengthen social development in children aged 2 to 3 years within an early childhood education context. The study arose from the need to implement more dynamic and participatory pedagogical strategies in response to the limitations observed in traditional methodologies characterized by low social interaction and scarce active play experiences during early childhood. Methodologically, the research was conducted using a mixed-methods approach with a quantitative predominance, employing a quasi-experimental design with an experimental group and a control group, and applying pre- and post-tests to evaluate changes in children's social development. The population consisted of 54 children distributed equally between both groups. Data collection methods included structured observation forms, participant observation, and a pedagogical field journal. The pedagogical intervention consisted of dynamic play activities, cooperative games, and motor experiences developed over eight consecutive weeks. The results showed that prior to the intervention, low levels of social interaction, communication, and cooperation predominated in both groups. However, after the implementation of the pedagogical program, 63.0% of the children in the experimental group achieved high levels of social interaction, 66.7% significantly improved their interpersonal communication, and 70.4% strengthened skills related to cooperation and group participation. The Wilcoxon and Mann-Whitney statistical tests reflected significant differences with p-values less than 0.05, confirming the effectiveness of the pedagogical intervention. It is concluded that active play constitutes an effective educational strategy for strengthening social development during early childhood, fostering interaction, coexistence, and collective participation within the preschool classroom. Furthermore, the need to promote active and play-based methodologies within early childhood education programs is recognized to guarantee more comprehensive and humanized educational experiences.

KEYWORDS

Active play, Social development, Early childhood education, Pedagogical intervention, Early childhood.

1. INTRODUCCIÓN (OBJETIVO DEL ARTÍCULO)

Durante los primeros años de vida, el desarrollo social constituye uno de los procesos más determinantes para la construcción de habilidades comunicativas, emocionales y relacionales

que posteriormente influirán en la adaptación escolar, la convivencia y el bienestar integral del niño. Entre los 2 y 3 años se producen importantes avances en la interacción con pares, la comprensión de normas básicas de convivencia y la expresión progresiva de emociones y necesidades dentro de distintos contextos sociales. En esta etapa, el juego adquiere un papel fundamental como mecanismo natural de exploración, aprendizaje e interacción, debido a que permite que los niños desarrollen vínculos afectivos, habilidades de cooperación y capacidades iniciales de resolución de conflictos mediante experiencias dinámicas y significativas. Diversas investigaciones han demostrado que las experiencias lúdicas activas favorecen la estimulación de procesos cognitivos, motores y socioemocionales esenciales para el desarrollo infantil temprano (Ginsburg, 2007). Sin embargo, pese a la importancia reconocida del juego dentro de la educación inicial, en numerosos contextos educativos todavía predominan prácticas pedagógicas tradicionales caracterizadas por actividades repetitivas, excesivamente estructuradas y con limitada participación de los niños, situación que restringe las oportunidades de interacción social espontánea y aprendizaje colaborativo.

En los últimos años, la preocupación internacional por el fortalecimiento del desarrollo integral durante la primera infancia ha generado un creciente interés académico y pedagógico hacia metodologías activas centradas en el niño y en la construcción de aprendizajes mediante experiencias participativas. Organismos internacionales como la UNESCO y UNICEF han insistido en la necesidad de promover entornos educativos que estimulen la interacción social, el movimiento, la creatividad y el juego como elementos fundamentales para garantizar un desarrollo infantil saludable (UNESCO, 2023). Desde esta perspectiva, el juego activo ha comenzado a consolidarse como una estrategia pedagógica relevante debido a su capacidad para integrar simultáneamente dimensiones motrices, emocionales, cognitivas y sociales dentro de escenarios de aprendizaje dinámicos y contextualizados.

A diferencia de las actividades sedentarias o dirigidas exclusivamente al cumplimiento mecánico de tareas, el juego activo favorece la participación corporal, la cooperación entre pares y la construcción progresiva de habilidades sociales mediante la experiencia directa. Esta característica resulta especialmente significativa durante edades tempranas, donde el aprendizaje se produce principalmente a través de la exploración sensorial, el movimiento y la interacción constante con el entorno inmediato. El desarrollo social en niños de 2 a 3 años involucra procesos complejos relacionados con el reconocimiento emocional, la imitación de conductas sociales, la comunicación inicial y la construcción de vínculos afectivos con adultos

y compañeros. Durante esta etapa, los niños comienzan progresivamente a compartir materiales, expresar preferencias, comprender límites básicos y participar en actividades grupales sencillas. No obstante, estas habilidades no emergen de manera automática, sino que requieren ambientes pedagógicos estimulantes capaces de favorecer experiencias continuas de interacción positiva y aprendizaje socioemocional.

Según Vygotsky (1978), el desarrollo infantil se construye fundamentalmente a partir de la interacción social y de las experiencias compartidas dentro del entorno cultural y educativo del niño. Bajo esta perspectiva, las actividades pedagógicas basadas en el juego adquieren especial relevancia debido a que permiten que los niños desarrollen habilidades sociales mediante procesos colaborativos y experiencias prácticas adaptadas a sus características evolutivas. En consecuencia, las estrategias educativas implementadas durante la primera infancia poseen una influencia decisiva sobre la manera en que los niños construyen formas de relación, comunicación y convivencia social.

A pesar de la importancia del desarrollo social durante la educación inicial, múltiples investigaciones han señalado que actualmente existe una creciente reducción de experiencias de juego activo dentro de los entornos infantiles, especialmente debido al aumento de dinámicas sedentarias y exposición temprana a dispositivos digitales. Esta situación ha comenzado a generar preocupación en el ámbito educativo y psicológico debido a sus posibles efectos sobre la interacción social, la autorregulación emocional y las habilidades comunicativas en edades tempranas. Autores como Tremblay et al. (2017) advierten que la disminución de actividades físicas y lúdicas durante la primera infancia puede afectar negativamente los procesos de socialización y el desarrollo integral del niño. En muchos centros educativos, las actividades pedagógicas continúan priorizando ejercicios rutinarios centrados en repetición de contenidos académicos básicos, dejando en segundo plano experiencias corporales y lúdicas fundamentales para el fortalecimiento de habilidades sociales. Esta problemática adquiere mayor relevancia en edades comprendidas entre los 2 y 3 años, etapa en la que el movimiento y la interacción espontánea representan componentes esenciales del aprendizaje infantil.

Dentro del contexto de la educación inicial, el juego activo se caracteriza por involucrar actividades dinámicas que estimulan el movimiento corporal, la exploración del entorno y la interacción continua entre los niños mediante experiencias recreativas organizadas pedagógicamente. Estas actividades no solo favorecen el desarrollo motor, sino que también

contribuyen significativamente al fortalecimiento de habilidades relacionadas con cooperación, empatía, comunicación y convivencia grupal. Piaget (1962) sostenía que el juego constituye una manifestación esencial del desarrollo infantil debido a que permite al niño construir conocimientos y comprender progresivamente las relaciones sociales presentes en su entorno. A través del juego activo, los niños aprenden a esperar turnos, compartir espacios, reconocer emociones y adaptarse a normas simples de convivencia, procesos fundamentales para el desarrollo social temprano. Además, el componente lúdico incrementa significativamente la motivación y participación de los niños, favoreciendo ambientes educativos emocionalmente positivos y estimulantes. Por ello, la incorporación de estrategias basadas en juego activo dentro de la práctica pedagógica representa una alternativa relevante para fortalecer procesos de socialización en edades tempranas.

Diversos estudios recientes han demostrado que las intervenciones pedagógicas centradas en actividades lúdicas activas producen efectos positivos sobre el desarrollo socioemocional y conductual de los niños durante la primera infancia. Investigaciones desarrolladas en contextos educativos latinoamericanos evidencian que los programas basados en juego cooperativo y dinámicas motrices favorecen la interacción entre pares, disminuyen conductas de aislamiento y fortalecen habilidades comunicativas iniciales (García y Mendoza, 2022). Asimismo, se ha identificado que las experiencias pedagógicas participativas contribuyen a mejorar la regulación emocional y la adaptación social dentro de ambientes escolares. No obstante, a pesar del creciente interés académico sobre esta temática, todavía existen limitadas investigaciones centradas específicamente en niños de 2 a 3 años, especialmente dentro de contextos educativos latinoamericanos donde persisten importantes desafíos relacionados con calidad educativa y estimulación temprana.

Esta situación evidencia la necesidad de desarrollar estudios contextualizados que permitan comprender con mayor profundidad el impacto del juego activo sobre el fortalecimiento del desarrollo social durante la primera infancia. Desde una perspectiva pedagógica, las intervenciones educativas basadas en juego activo también responden a la necesidad de transformar prácticas tradicionales que frecuentemente subestiman las capacidades expresivas y relacionales de los niños pequeños. Durante muchos años, la educación inicial fue concebida principalmente como una etapa preparatoria para aprendizajes académicos posteriores, priorizando actividades centradas en disciplina, repetición y control conductual. Sin embargo, las corrientes contemporáneas de educación infantil reconocen que el desarrollo integral del

niño depende de experiencias pedagógicas emocionalmente significativas donde el movimiento, el juego y la interacción ocupen un lugar central dentro del proceso educativo.

Según UNICEF (2021), los programas educativos de calidad para primera infancia deben promover entornos afectivos y participativos capaces de fortalecer simultáneamente dimensiones cognitivas, sociales y emocionales. Bajo esta perspectiva, el juego activo deja de ser entendido únicamente como actividad recreativa y se convierte en una herramienta pedagógica fundamental para el desarrollo integral infantil.

En el contexto ecuatoriano, las políticas educativas relacionadas con educación inicial han enfatizado progresivamente la importancia de metodologías activas orientadas al desarrollo integral durante la primera infancia.

No obstante, en numerosos centros educativos todavía persisten limitaciones relacionadas con recursos pedagógicos, capacitación docente y aplicación sistemática de estrategias lúdicas orientadas específicamente al fortalecimiento del desarrollo social. Además, las dinámicas familiares y sociales contemporáneas han modificado considerablemente las formas de interacción infantil, reduciendo espacios de juego libre y experiencias de socialización comunitaria que históricamente contribuían al aprendizaje relacional de los niños. Esta realidad plantea importantes desafíos para las instituciones educativas, las cuales deben asumir un papel más activo en la promoción de experiencias pedagógicas capaces de fortalecer habilidades sociales desde edades tempranas. En consecuencia, resulta fundamental desarrollar propuestas educativas contextualizadas que integren el juego activo como eje metodológico para favorecer procesos de interacción y convivencia dentro del aula infantil.

A pesar de los avances teóricos existentes sobre desarrollo infantil y aprendizaje lúdico, persisten vacíos investigativos relacionados con el análisis específico de intervenciones pedagógicas basadas en juego activo orientadas al fortalecimiento del desarrollo social en niños de 2 a 3 años. Gran parte de las investigaciones previas se han centrado en desarrollo motor, actividad física o aprendizaje cognitivo, dejando en segundo plano el estudio de las implicaciones socioemocionales y relacionales derivadas de este tipo de estrategias pedagógicas. Asimismo, muchos estudios presentan enfoques generales sobre juego infantil sin profundizar en dinámicas concretas de intervención educativa dentro de contextos institucionales específicos. Esta situación evidencia la necesidad de generar investigaciones aplicadas que permitan comprender cómo las actividades lúdicas activas pueden contribuir efectivamente al fortalecimiento de habilidades sociales durante la primera infancia.

En este contexto, la presente investigación tiene como objetivo analizar el impacto de una intervención pedagógica basada en el juego activo para fortalecer el desarrollo social en niños de 2 a 3 años. El estudio parte de la premisa de que las experiencias lúdicas dinámicas y participativas favorecen significativamente los procesos de interacción, comunicación y convivencia durante la primera infancia. Asimismo, reconoce que el fortalecimiento del desarrollo social constituye un elemento esencial para garantizar adaptación escolar, bienestar emocional y construcción saludable de relaciones interpersonales en etapas posteriores del desarrollo.

Desde esta perspectiva, la investigación busca contribuir tanto al debate académico sobre educación inicial como al diseño de estrategias pedagógicas innovadoras orientadas al fortalecimiento integral del desarrollo infantil temprano.

2. MARCO TEÓRICO

El desarrollo social durante la primera infancia constituye un proceso progresivo mediante el cual los niños adquieren habilidades relacionadas con interacción, comunicación, cooperación y adaptación a distintos entornos sociales. Entre los 2 y 3 años se producen importantes transformaciones en la manera en que los niños comienzan a relacionarse con adultos y pares, debido a que en esta etapa emergen conductas vinculadas al reconocimiento emocional, el juego compartido y la comprensión inicial de normas básicas de convivencia. Estas capacidades no aparecen de manera espontánea ni uniforme, sino que se construyen gradualmente a partir de experiencias sociales significativas desarrolladas dentro del entorno familiar, educativo y comunitario.

Diversos autores coinciden en que los primeros años de vida representan un periodo crítico para la formación de habilidades socioemocionales debido a la elevada plasticidad cerebral característica de esta etapa del desarrollo infantil (Shonkoff y Phillips, 2000). En consecuencia, las experiencias pedagógicas implementadas durante la educación inicial poseen una influencia determinante sobre la forma en que los niños desarrollan competencias relacionadas con empatía, comunicación y regulación conductual. Desde esta perspectiva, fortalecer el desarrollo social en edades tempranas no solo favorece la convivencia inmediata dentro del aula, sino que también contribuye a la construcción de bases sólidas para el bienestar psicológico y la adaptación social futura.

Las teorías socioculturales del desarrollo infantil han destacado históricamente el papel de la interacción social como elemento fundamental dentro del aprendizaje temprano. Lev Vygotsky (1978) planteó que el desarrollo cognitivo y social del niño se produce principalmente mediante procesos de interacción con otras personas y a través de experiencias compartidas dentro de contextos culturales específicos. Según esta perspectiva, el aprendizaje no puede entenderse como un proceso individual aislado, sino como una construcción social mediada por el lenguaje, el juego y la relación constante con el entorno. En edades comprendidas entre los 2 y 3 años, las actividades grupales y las experiencias lúdicas permiten que los niños desarrollen habilidades relacionadas con cooperación, comunicación y comprensión progresiva de reglas sociales básicas.

El concepto de zona de desarrollo próximo propuesto por Vygotsky resulta particularmente relevante dentro del contexto educativo infantil, ya que explica cómo los niños logran desarrollar nuevas capacidades mediante acompañamiento y participación en experiencias compartidas. Bajo esta lógica, las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo favorecen procesos de aprendizaje social debido a que generan espacios dinámicos donde los niños interactúan constantemente con otros compañeros y adultos dentro de situaciones emocionalmente significativas. Desde el enfoque constructivista, Jean Piaget (1962) sostuvo que el juego constituye una actividad esencial para el desarrollo intelectual y social durante la infancia debido a que permite al niño interpretar, reorganizar y comprender progresivamente la realidad que lo rodea. Para Piaget, las experiencias lúdicas favorecen procesos de adaptación y equilibrio cognitivo mediante actividades donde el niño experimenta, explora y establece relaciones con el entorno físico y social. En el periodo preoperacional, correspondiente aproximadamente a edades entre los 2 y 7 años, el juego simbólico y las actividades motrices adquieren especial relevancia debido a que contribuyen al desarrollo del pensamiento representacional y de las primeras formas de interacción social organizada.

A través del juego, los niños aprenden gradualmente a compartir espacios, respetar turnos y comprender conductas de cooperación básica. Además, las dinámicas lúdicas permiten expresar emociones, fortalecer imaginación y desarrollar mecanismos iniciales de resolución de conflictos. Desde esta perspectiva, el juego activo no representa únicamente una actividad recreativa, sino una herramienta pedagógica capaz de estimular simultáneamente procesos

cognitivos, sociales y emocionales fundamentales para el desarrollo integral infantil. El juego activo se caracteriza por involucrar experiencias dinámicas donde el movimiento corporal, la exploración y la interacción constituyen elementos centrales del aprendizaje. A diferencia de actividades sedentarias o altamente dirigidas, el juego activo favorece la participación espontánea del niño mediante experiencias motrices que estimulan tanto el desarrollo físico como la construcción de habilidades sociales. Durante la primera infancia, las actividades corporales poseen una estrecha relación con el aprendizaje debido a que los niños comprenden el entorno principalmente a través de experiencias sensoriales y motrices. Pellegrini y Smith (1998) señalan que el movimiento y el juego físico desempeñan un papel fundamental en el fortalecimiento de la interacción social infantil debido a que promueven cooperación, comunicación y participación grupal. Asimismo, las actividades lúdicas activas contribuyen al desarrollo de conductas prosociales relacionadas con ayuda mutua, empatía y resolución compartida de desafíos simples. En consecuencia, incorporar dinámicas de juego activo dentro de los procesos pedagógicos de educación inicial permite crear ambientes educativos más participativos y emocionalmente estimulantes para los niños pequeños.

Durante los últimos años, diversas investigaciones han comenzado a evidenciar los efectos negativos asociados a la disminución de actividades lúdicas y motrices dentro de la primera infancia, especialmente debido al incremento del tiempo sedentario y la exposición temprana a dispositivos digitales. El uso excesivo de pantallas y la reducción de experiencias de juego físico han generado preocupación en distintos ámbitos académicos y educativos debido a su posible impacto sobre desarrollo emocional, interacción social y habilidades comunicativas infantiles. Tremblay et al. (2017) advierten que la reducción de actividad física durante edades tempranas puede afectar significativamente procesos relacionados con socialización, regulación conductual y bienestar psicológico infantil. En muchos contextos educativos contemporáneos, las actividades pedagógicas continúan privilegiando tareas repetitivas y ejercicios estructurados que limitan la exploración corporal y la interacción espontánea entre pares. Esta situación resulta especialmente problemática entre los 2 y 3 años, etapa donde el movimiento representa una vía esencial para el aprendizaje y la construcción de vínculos sociales. Por ello, las estrategias pedagógicas orientadas al fortalecimiento del juego activo adquieren una importancia creciente dentro de los programas de educación inicial.

El desarrollo social infantil involucra múltiples dimensiones relacionadas con expresión

emocional, comunicación interpersonal, participación grupal y adaptación progresiva a normas de convivencia. Durante edades tempranas, los niños comienzan gradualmente a reconocer emociones propias y ajenas, expresar necesidades mediante lenguaje verbal y no verbal, así como participar en actividades cooperativas simples. Estas habilidades se fortalecen principalmente mediante experiencias de interacción cotidiana desarrolladas dentro de ambientes seguros, afectivos y estimulantes. Denham et al. (2003) sostienen que las competencias socioemocionales adquiridas durante la primera infancia poseen una influencia directa sobre el desempeño escolar posterior, las relaciones interpersonales y la salud mental infantil. En consecuencia, promover espacios educativos orientados al fortalecimiento del desarrollo social resulta fundamental para garantizar procesos de adaptación escolar saludables y prevenir futuras dificultades conductuales o emocionales.

Las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo permiten precisamente estimular estas competencias mediante actividades participativas donde los niños aprenden a interactuar, compartir y construir relaciones positivas con sus compañeros. Dentro del ámbito educativo, las intervenciones pedagógicas se entienden como acciones planificadas y sistemáticas orientadas a favorecer procesos específicos de aprendizaje y desarrollo en función de necesidades previamente identificadas. En educación inicial, estas intervenciones deben responder a las características evolutivas del niño y considerar la importancia del juego, la afectividad y la exploración activa como componentes esenciales del aprendizaje temprano.

Las metodologías activas han adquirido especial relevancia dentro de este contexto debido a que promueven la participación directa del niño en experiencias significativas y contextualizadas. Según Bruner (1983), el aprendizaje infantil se fortalece cuando los niños participan activamente en actividades donde pueden experimentar, interactuar y construir significados a partir de experiencias reales. Bajo esta perspectiva, las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo favorecen procesos de aprendizaje más naturales y motivadores debido a que respetan las formas espontáneas mediante las cuales los niños pequeños exploran el mundo y se relacionan con otros. Además, estas estrategias contribuyen a generar ambientes educativos emocionalmente positivos que fortalecen seguridad afectiva y participación grupal.

Diversas investigaciones recientes desarrolladas en contextos educativos latinoamericanos han demostrado que las actividades lúdicas activas generan efectos positivos sobre el

fortalecimiento de habilidades sociales durante la primera infancia. Estudios realizados por García y Mendoza (2022) evidenciaron que los programas basados en juegos cooperativos y dinámicas motrices incrementan significativamente los niveles de interacción positiva, comunicación verbal y participación grupal en niños de educación inicial. De igual manera, investigaciones de Ramírez y Torres (2021) identificaron mejoras relacionadas con empatía, autorregulación emocional y adaptación social en niños que participaron en experiencias pedagógicas centradas en actividades lúdicas participativas. Estos hallazgos reflejan que el juego activo no solo contribuye al desarrollo físico y recreativo, sino que también fortalece procesos socioemocionales esenciales para el desarrollo integral infantil. No obstante, a pesar de la evidencia existente, todavía persisten limitadas investigaciones enfocadas específicamente en intervenciones dirigidas a niños de 2 a 3 años dentro de contextos educativos ecuatorianos, situación que justifica la necesidad de continuar profundizando científicamente sobre esta temática.

El papel del docente dentro de las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo resulta determinante para garantizar experiencias educativas significativas durante la primera infancia. Aunque el juego posee una naturaleza espontánea, dentro del contexto educativo requiere planificación, mediación y acompañamiento pedagógico capaces de orientar las actividades hacia objetivos específicos de desarrollo social. El educador no actúa únicamente como observador de las dinámicas lúdicas, sino como facilitador de interacciones positivas, regulador emocional y promotor de ambientes inclusivos donde los niños puedan expresarse libremente y fortalecer habilidades relacionales.

Según Bodrova y Leong (2015), el acompañamiento docente durante las actividades lúdicas favorece el desarrollo de competencias sociales debido a que permite guiar procesos de cooperación, comunicación y resolución de conflictos desde edades tempranas. Además, la intervención pedagógica adecuada contribuye a transformar el juego en una experiencia de aprendizaje estructurada sin eliminar su carácter motivador y recreativo. En consecuencia, la calidad de las estrategias implementadas y la sensibilidad pedagógica del docente influyen directamente sobre el impacto que el juego activo puede generar en el desarrollo social infantil. La socialización temprana también se encuentra estrechamente vinculada al desarrollo emocional del niño, debido a que las primeras interacciones sociales constituyen escenarios fundamentales para aprender a reconocer, expresar y regular emociones.

Durante los primeros años de vida, los niños comienzan progresivamente a identificar emociones básicas como alegría, tristeza, enojo y miedo, al mismo tiempo que desarrollan respuestas emocionales frente a situaciones de interacción con otras personas. Las actividades de juego activo favorecen este proceso porque permiten experimentar emociones dentro de contextos seguros y dinámicos donde los niños pueden explorar conductas sociales mediante experiencias compartidas. Saarni (1999) sostiene que la competencia emocional constituye uno de los pilares fundamentales para la adaptación social y el establecimiento de relaciones interpersonales saludables durante la infancia. En este sentido, el juego activo facilita oportunidades constantes para desarrollar empatía, tolerancia y control emocional mediante actividades donde los niños enfrentan desafíos grupales, negocian reglas y participan en experiencias cooperativas.

Por ello, fortalecer el desarrollo social mediante estrategias lúdicas implica simultáneamente potenciar procesos de desarrollo emocional esenciales para el bienestar infantil. Otro aspecto relevante dentro del desarrollo social infantil corresponde al fortalecimiento de habilidades comunicativas durante la primera infancia. Entre los 2 y 3 años se produce una expansión significativa del lenguaje verbal y no verbal, permitiendo que los niños comiencen a expresar deseos, necesidades y emociones con mayor claridad. Estas habilidades comunicativas se desarrollan principalmente mediante experiencias de interacción cotidiana donde el niño participa activamente en actividades grupales y situaciones sociales significativas. Las dinámicas de juego activo favorecen el desarrollo del lenguaje debido a que generan contextos naturales de comunicación donde los niños intercambian ideas, imitan expresiones y construyen significados junto a otros compañeros.

Berk (2013) señala que las experiencias lúdicas colectivas estimulan la comunicación espontánea y fortalecen el desarrollo lingüístico infantil debido a que integran lenguaje, movimiento y expresión emocional dentro de un mismo proceso de aprendizaje. En consecuencia, las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo no solo favorecen habilidades motrices y sociales, sino también procesos fundamentales relacionados con comunicación y desarrollo del lenguaje durante edades tempranas. La interacción entre pares constituye otro elemento central dentro del desarrollo social infantil y representa uno de los principales beneficios derivados de las actividades lúdicas activas. Durante los primeros años, los niños comienzan a establecer vínculos progresivamente más complejos con otros

compañeros, pasando de conductas individuales o paralelas hacia formas iniciales de cooperación y participación grupal. Estas experiencias permiten aprender normas básicas de convivencia, desarrollar conductas prosociales y fortalecer habilidades relacionadas con resolución de conflictos simples. Rubin, Bukowski y Parker (2006) afirman que las relaciones entre pares durante la primera infancia desempeñan un papel fundamental en la construcción de autoestima, seguridad emocional y adaptación escolar posterior. A través del juego activo, los niños aprenden gradualmente a compartir materiales, esperar turnos y coordinar acciones colectivas dentro de actividades recreativas dinámicas. Además, las experiencias grupales favorecen el sentido de pertenencia y la construcción de vínculos afectivos positivos dentro del entorno educativo. Desde esta perspectiva, promover actividades lúdicas cooperativas dentro de educación inicial contribuye significativamente al fortalecimiento de competencias sociales necesarias para la convivencia escolar y comunitaria.

En el ámbito de la neuroeducación, diversas investigaciones recientes han demostrado que el movimiento corporal y la actividad física poseen una estrecha relación con el desarrollo cerebral durante la primera infancia. Las experiencias motrices activas favorecen procesos de estimulación neuronal relacionados con atención, memoria, regulación emocional y aprendizaje social. Diamond (2015) sostiene que las actividades físicas y lúdicas durante edades tempranas contribuyen significativamente al fortalecimiento de funciones ejecutivas esenciales para el desarrollo integral infantil. En este contexto, el juego activo adquiere relevancia no solo desde una perspectiva recreativa o pedagógica, sino también neurobiológica, debido a que estimula conexiones cerebrales vinculadas a procesos de interacción social y adaptación conductual.

Durante edades comprendidas entre los 2 y 3 años, el cerebro infantil presenta elevados niveles de plasticidad, situación que convierte las experiencias educativas tempranas en factores decisivos para el desarrollo posterior. Por ello, las intervenciones pedagógicas orientadas al fortalecimiento del desarrollo social mediante actividades dinámicas y participativas pueden generar impactos significativos sobre múltiples dimensiones del desarrollo infantil. Las políticas internacionales relacionadas con educación inicial han reconocido progresivamente la importancia del juego como derecho fundamental de la infancia y como componente esencial dentro de los procesos educativos tempranos.

La Convención sobre los Derechos del Niño establece que el juego constituye una necesidad

básica para el desarrollo integral infantil y que los Estados deben garantizar condiciones adecuadas para promover experiencias recreativas y educativas significativas (UNICEF, 2021). Asimismo, la UNESCO (2023) ha enfatizado que los programas educativos dirigidos a primera infancia deben priorizar metodologías activas centradas en participación, exploración y aprendizaje mediante experiencias lúdicas. Estas orientaciones reflejan un cambio importante respecto a modelos educativos tradicionales donde predominaban prácticas centradas exclusivamente en control conductual y transmisión mecánica de contenidos.

En la actualidad, existe un mayor reconocimiento sobre la necesidad de implementar estrategias pedagógicas capaces de fortalecer simultáneamente dimensiones cognitivas, emocionales y sociales del desarrollo infantil. Dentro de este marco, el juego activo se posiciona como una herramienta metodológica fundamental para favorecer procesos educativos más inclusivos, participativos y contextualizados durante la educación inicial. En el contexto latinoamericano, múltiples investigaciones han comenzado a señalar que las limitaciones relacionadas con infraestructura educativa, recursos pedagógicos y formación docente continúan afectando la implementación sistemática de metodologías activas dentro de programas de educación inicial. Aunque las políticas educativas reconocen teóricamente la importancia del juego y la participación infantil, en la práctica muchos centros educativos todavía mantienen dinámicas tradicionales centradas en actividades sedentarias y repetitivas. Esta situación limita considerablemente las oportunidades de interacción social espontánea y exploración motriz durante la primera infancia. Según Peralta (2020), uno de los principales desafíos de la educación inicial latinoamericana consiste en transformar las prácticas pedagógicas tradicionales hacia modelos centrados en aprendizaje activo y desarrollo integral infantil.

En numerosos contextos educativos, las presiones relacionadas con cumplimiento curricular y control disciplinario continúan reduciendo los espacios destinados al juego libre y las experiencias corporales. Como consecuencia, muchos niños enfrentan procesos educativos donde las oportunidades de socialización y construcción colectiva de aprendizajes resultan insuficientes para responder adecuadamente a sus necesidades evolutivas. Las investigaciones contemporáneas sobre desarrollo infantil coinciden en que las intervenciones pedagógicas efectivas durante la primera infancia deben integrar simultáneamente dimensiones motrices,

emocionales, sociales y cognitivas dentro de ambientes educativos afectivos y estimulantes. El juego activo representa una estrategia particularmente relevante debido a que permite articular estas dimensiones mediante experiencias dinámicas adaptadas a las características evolutivas del niño pequeño. Además, las actividades lúdicas participativas favorecen motivación, creatividad y aprendizaje significativo dentro de contextos donde el niño asume un rol activo en la construcción de sus experiencias sociales. A pesar de los avances teóricos y empíricos existentes, todavía persisten limitadas investigaciones aplicadas sobre intervenciones específicas orientadas al fortalecimiento del desarrollo social en niños de 2 a 3 años, especialmente dentro de contextos educativos ecuatorianos. Esta situación evidencia la necesidad de continuar desarrollando estudios que permitan generar propuestas pedagógicas contextualizadas y fundamentadas científicamente para fortalecer el desarrollo integral durante la primera infancia. Desde esta perspectiva, la presente investigación busca contribuir al fortalecimiento de estrategias educativas innovadoras basadas en juego activo como herramienta para potenciar el desarrollo social infantil.

3. METODOLOGÍA

La presente investigación se desarrolló bajo un enfoque mixto con predominancia cuantitativa, debido a que el estudio buscó evaluar el impacto de una intervención pedagógica basada en el juego activo sobre el desarrollo social en niños de 2 a 3 años, integrando tanto evidencia estadística como información cualitativa relacionada con comportamientos, interacciones y dinámicas observadas durante el proceso educativo. La combinación metodológica permitió analizar de manera más integral los cambios producidos en las habilidades sociales de los niños antes y después de la intervención, así como interpretar las experiencias pedagógicas desarrolladas dentro del aula infantil. Desde el punto de vista metodológico, el estudio adoptó un diseño cuasi experimental con grupo experimental y grupo de control, aplicando pretest y posttest para medir las variaciones generadas por la intervención pedagógica. Este diseño resultó pertinente debido a que permitió comparar los efectos de las actividades basadas en juego activo frente a dinámicas pedagógicas tradicionales desarrolladas dentro del contexto educativo habitual. El alcance de la investigación fue descriptivo-explicativo, ya que inicialmente se caracterizaron las condiciones del desarrollo social presentes en ambos grupos y posteriormente se analizaron los efectos de la intervención sobre variables relacionadas con interacción, comunicación, participación grupal y cooperación infantil. Asimismo, el estudio

presentó un corte longitudinal de corta duración debido a que el proceso investigativo contempló seguimiento sistemático de los niños durante todo el periodo de aplicación de la intervención pedagógica.

Hernández y Mendoza (2018) sostienen que los diseños cuasi experimentales permiten evaluar relaciones de causa y efecto dentro de contextos educativos reales donde no siempre es posible realizar asignaciones completamente aleatorias. En consecuencia, el enfoque metodológico adoptado permitió valorar de manera contextualizada la efectividad del juego activo como estrategia para fortalecer el desarrollo social durante la primera infancia. La investigación se desarrolló en un centro de educación inicial ubicado en la provincia del Guayas, Ecuador, institución que atiende niños pertenecientes a familias de contextos urbanos y urbano-marginales. El entorno educativo presentaba características relacionadas con diversidad social y cultural, así como limitaciones frecuentes en recursos pedagógicos destinados específicamente al fortalecimiento del desarrollo socioemocional durante la primera infancia. Previamente al inicio del estudio, se identificó mediante observación diagnóstica que varios niños presentaban dificultades relacionadas con interacción grupal, participación cooperativa y comunicación espontánea dentro de las actividades cotidianas del aula. La selección del contexto respondió además a criterios de accesibilidad institucional y pertinencia pedagógica, considerando que la institución manifestó interés en fortalecer metodologías activas centradas en el juego y la participación infantil. Asimismo, el centro educativo contaba con espacios físicos adecuados para el desarrollo de actividades motrices y dinámicas grupales necesarias para la aplicación de la intervención pedagógica diseñada dentro del estudio.

La población estuvo conformada por 54 niños de 2 a 3 años matriculados en el nivel de educación inicial de la institución participante durante el periodo lectivo 2025. Debido a las características y tamaño reducido de la población, se trabajó con la totalidad de los estudiantes disponibles dentro del nivel educativo correspondiente. Posteriormente, los participantes fueron distribuidos en dos grupos equivalentes: un grupo experimental integrado por 27 niños y un grupo de control conformado igualmente por 27 estudiantes. El grupo experimental participó en la intervención pedagógica basada en juego activo, mientras que el grupo de control continuó desarrollando actividades pedagógicas tradicionales establecidas dentro de la planificación habitual del centro educativo.

La distribución de los grupos se realizó considerando criterios de equivalencia relacionados con edad, características conductuales iniciales y nivel de desarrollo social observado durante

el pretest, buscando reducir posibles sesgos que pudieran afectar los resultados del estudio. La variable independiente correspondió a la intervención pedagógica basada en juego activo, entendida como un conjunto estructurado de actividades lúdicas dinámicas orientadas a promover interacción, movimiento corporal y participación grupal dentro del contexto educativo infantil. Esta intervención incluyó juegos cooperativos, dinámicas motrices, circuitos recreativos, actividades de expresión corporal y experiencias grupales diseñadas específicamente para fortalecer habilidades sociales en niños pequeños. Por otra parte, la variable dependiente fue el desarrollo social infantil, conceptualizado como el conjunto de habilidades relacionadas con interacción interpersonal, cooperación, comunicación, participación grupal y adaptación a normas básicas de convivencia.

Para efectos del estudio, esta variable fue operacionalizada en cuatro dimensiones: interacción con pares, comunicación social, cooperación grupal y participación en actividades colectivas. Para la recolección de información se utilizaron técnicas cuantitativas y cualitativas complementarias. En el componente cuantitativo se aplicó una ficha de observación estructurada dirigida a evaluar conductas relacionadas con desarrollo social infantil antes y después de la intervención pedagógica. El instrumento estuvo conformado por 24 ítems organizados en las cuatro dimensiones analíticas previamente definidas. Cada indicador fue valorado mediante escala tipo Likert de tres niveles: nunca, algunas veces y frecuentemente.

La ficha de observación fue validada mediante juicio de expertos integrado por tres especialistas en educación inicial y psicopedagogía, quienes evaluaron pertinencia, claridad y coherencia metodológica de los ítems planteados. Posteriormente, se realizó una prueba piloto con 10 niños pertenecientes a otra institución educativa de características similares, obteniéndose un coeficiente Alfa de Cronbach de 0,91, valor que evidenció alta confiabilidad interna del instrumento. Según George y Mallery (2019), coeficientes superiores a 0,90 reflejan excelente consistencia interna en instrumentos aplicados dentro de investigaciones educativas y sociales. En el componente cualitativo se utilizaron observación participante y diario de campo pedagógico. Estas técnicas permitieron registrar comportamientos espontáneos, niveles de interacción social y respuestas emocionales observadas durante el desarrollo de las actividades lúdicas. Asimismo, se documentaron cambios progresivos relacionados con participación grupal, comunicación verbal y cooperación entre compañeros durante el proceso de intervención.

La investigación se desarrolló en cuatro fases metodológicamente articuladas. En la primera

fase se realizó el diagnóstico inicial mediante aplicación del pretest a ambos grupos, permitiendo identificar el nivel de desarrollo social existente antes de iniciar la intervención. Paralelamente, se efectuaron observaciones diagnósticas orientadas a reconocer dinámicas de interacción y comportamientos sociales frecuentes dentro del aula. La segunda fase correspondió al diseño de la intervención pedagógica basada en juego activo. Durante esta etapa se elaboró una planificación estructurada integrada por actividades lúdicas cooperativas, juegos motrices y dinámicas grupales adaptadas a las características evolutivas de niños de 2 a 3 años.

Las actividades fueron organizadas en sesiones pedagógicas desarrolladas tres veces por semana durante ocho semanas consecutivas, con una duración aproximada de 40 minutos por sesión. En la tercera fase se implementó la intervención únicamente con el grupo experimental, mientras el grupo de control continuó desarrollando actividades pedagógicas tradicionales. Durante todo el proceso se realizaron observaciones sistemáticas para registrar niveles de participación, interacción y respuesta emocional de los niños frente a las actividades propuestas. Finalmente, en la cuarta fase se aplicó el postest a ambos grupos y se procedió al análisis comparativo de los resultados obtenidos antes y después de la intervención pedagógica. La información cuantitativa obtenida mediante pretest y postest fue sistematizada y procesada utilizando el software Statistical Package for the Social Sciences (SPSS v.27). Inicialmente se aplicó estadística descriptiva basada en frecuencias, porcentajes, medias y desviaciones estándar para caracterizar el comportamiento de las variables estudiadas. Posteriormente, se empleó la prueba no paramétrica de Wilcoxon para comparar diferencias intragrupal entre pretest y postest, así como la prueba U de Mann-Whitney para identificar diferencias significativas entre grupo experimental y grupo de control después de la intervención pedagógica. Estas pruebas estadísticas fueron seleccionadas debido a las características de la muestra y al nivel de medición de los datos obtenidos.

El nivel de significancia establecido fue de $p < 0,05$, permitiendo determinar estadísticamente la efectividad de la intervención pedagógica basada en juego activo sobre el fortalecimiento del desarrollo social infantil. Por otra parte, la información cualitativa registrada mediante observación participante y diario de campo fue analizada mediante categorización temática e interpretación pedagógica de comportamientos emergentes observados durante las sesiones lúdicas. La investigación respetó principios éticos relacionados con protección integral de la infancia, consentimiento informado y confidencialidad de la información obtenida.

Previamente al inicio del estudio, los representantes legales de los niños fueron informados sobre los objetivos, procedimientos y características de la investigación, autorizando voluntariamente la participación de los estudiantes mediante consentimiento escrito. Asimismo, las actividades desarrolladas durante la intervención pedagógica fueron diseñadas considerando las necesidades evolutivas y emocionales propias de la primera infancia, garantizando ambientes seguros, inclusivos y emocionalmente positivos para todos los participantes. La información obtenida fue utilizada exclusivamente con fines académicos y científicos, preservando en todo momento la identidad y privacidad de los niños involucrados en el estudio.

4. ANÁLISIS DE RESULTADOS

Diagnóstico inicial del desarrollo social infantil

Los resultados obtenidos en la aplicación del pretest evidenciaron que tanto el grupo experimental como el grupo de control presentaban inicialmente niveles similares de desarrollo social, situación que permitió establecer condiciones comparables antes de implementar la intervención pedagógica basada en juego activo. Durante las observaciones diagnósticas realizadas al inicio del estudio se identificaron dificultades relacionadas con interacción espontánea, participación grupal, comunicación entre pares y cooperación dentro de actividades colectivas. Muchos niños mostraban conductas de aislamiento parcial, dependencia constante de la guía docente y limitada disposición para compartir materiales o integrarse activamente a dinámicas grupales.

En el grupo experimental, el 59,3 % de los niños se ubicó en un nivel bajo de desarrollo social, mientras que el 33,3 % presentó un nivel medio y únicamente el 7,4 % alcanzó un nivel alto. Resultados similares se observaron en el grupo de control, donde el 55,6 % manifestó nivel bajo, el 37,0 % nivel medio y apenas el 7,4 % nivel alto.

Tabla 1. Nivel de desarrollo social en el pretest

Nivel de desarrollo social	Grupo experimental	Grupo control
Bajo	59,3 %	55,6 %
Medio	33,3 %	37,0 %
Alto	7,4 %	7,4 %
Total	100 %	100 %

Fuente: Elaboración propia.

Estos resultados reflejan que, antes de la intervención pedagógica, ambos grupos presentaban limitaciones significativas relacionadas con habilidades de interacción social y participación cooperativa. Durante las observaciones iniciales se evidenció que varios niños mostraban dificultades para integrarse voluntariamente a juegos colectivos, establecer comunicación espontánea con sus compañeros y respetar turnos dentro de actividades grupales. Asimismo, se observó escasa iniciativa para resolver conflictos simples mediante diálogo o cooperación.

Estas características confirmaron la necesidad de implementar estrategias pedagógicas orientadas específicamente al fortalecimiento del desarrollo social durante la primera infancia. Uno de los cambios más significativos observados después de la intervención pedagógica estuvo relacionado con la mejora de las interacciones sociales entre compañeros dentro del grupo experimental. Tras ocho semanas de aplicación sistemática de actividades basadas en juego activo, se evidenció un incremento progresivo en conductas relacionadas con acercamiento espontáneo, participación grupal y cooperación durante las actividades recreativas y pedagógicas. En el postest, el 63,0 % de los niños del grupo experimental alcanzó un nivel alto de interacción social con pares, mientras que el 29,6 % se ubicó en nivel medio y únicamente el 7,4 % permaneció en nivel bajo. Por el contrario, en el grupo de control las variaciones fueron mínimas, manteniéndose predominio de niveles bajos y medios de interacción grupal.

Tabla 2. Nivel de interacción entre pares después de la intervención

Nivel de interacción social	Grupo experimental	Grupo control
Bajo	7,4 %	48,1 %
Medio	29,6 %	40,7 %
Alto	63,0 %	11,2 %
Total	100 %	100 %

Fuente: Elaboración propia.

Durante las sesiones de juego activo se observó que los niños comenzaron progresivamente a buscar mayor contacto con sus compañeros, compartir materiales de manera más espontánea y participar con mayor entusiasmo dentro de dinámicas grupales. Las actividades cooperativas favorecieron la construcción de vínculos afectivos positivos y redujeron conductas de aislamiento observadas inicialmente en varios participantes. Asimismo, se identificó mayor disposición para colaborar durante juegos colectivos y seguir instrucciones grupales sencillas sin necesidad de intervención constante del docente.

Estos resultados evidencian que las experiencias lúdicas activas contribuyeron significativamente al fortalecimiento de habilidades de socialización durante la primera infancia. En relación con la dimensión comunicativa, los hallazgos evidenciaron mejoras importantes en la capacidad de los niños del grupo experimental para expresar necesidades, emociones y respuestas verbales dentro de contextos grupales. Inicialmente, muchos participantes presentaban dificultades para comunicarse espontáneamente con compañeros y docentes durante actividades colectivas. Sin embargo, después de la intervención pedagógica se observaron avances significativos relacionados con expresión verbal, participación oral y comunicación interpersonal. El postest mostró que el 66,7 % de los niños del grupo experimental alcanzó un nivel alto de comunicación social, mientras que el 25,9 % se ubicó en nivel medio y solo el 7,4 % permaneció en nivel bajo. En el grupo de control, la mayoría continuó concentrándose en niveles bajos y medios de desarrollo comunicativo.

Tabla 3. Nivel de comunicación social en el postest

Nivel de comunicación social	Grupo experimental	Grupo control
Bajo	7,4 %	44,4 %
Medio	25,9 %	40,7 %
Alto	66,7 %	14,9 %
Total	100 %	100 %

Fuente: Elaboración propia.

Las observaciones realizadas durante las actividades permitieron identificar que el juego activo favoreció ambientes más relajados y motivadores donde los niños se sintieron progresivamente más seguros para expresarse verbalmente. Muchos participantes comenzaron a utilizar palabras y frases sencillas para interactuar con compañeros durante juegos cooperativos, solicitar materiales o expresar emociones relacionadas con las dinámicas grupales. Asimismo, se evidenció mayor iniciativa para responder preguntas, cantar colectivamente y participar en actividades de expresión corporal acompañadas de lenguaje verbal. Estos cambios reflejan que las experiencias lúdicas activas fortalecieron significativamente procesos de comunicación social en niños pequeños.

La dimensión relacionada con cooperación y participación grupal también presentó mejoras significativas dentro del grupo experimental después de la aplicación de la intervención pedagógica. Inicialmente, gran parte de los niños mostraba conductas individualistas y escasa disposición para colaborar dentro de actividades compartidas.

Sin embargo, las dinámicas de juego activo permitieron estimular progresivamente habilidades relacionadas con ayuda mutua, respeto de turnos y participación colectiva. En el postest, el 70,4 % de los niños del grupo experimental alcanzó un nivel alto de cooperación grupal, mientras que el 22,2 % presentó nivel medio y únicamente el 7,4 % permaneció en nivel bajo. En contraste, el grupo de control mostró cambios poco significativos respecto a las mediciones iniciales.

Tabla 4. Nivel de cooperación y participación grupal

Nivel de cooperación grupal	Grupo experimental	Grupo control
Bajo	7,4 %	51,9 %
Medio	22,2 %	33,3 %
Alto	70,4 %	14,8 %
Total	100 %	100 %

Fuente: Elaboración propia.

Durante las observaciones cualitativas se identificó que los juegos cooperativos favorecieron conductas relacionadas con compartir objetos, esperar turnos y ayudar espontáneamente a compañeros durante actividades motrices y recreativas. Asimismo, se observó una reducción considerable de conflictos asociados a posesión de materiales y rechazo a participar en dinámicas grupales. Las experiencias pedagógicas basadas en movimiento y cooperación permitieron que los niños construyeran formas iniciales de convivencia positiva dentro del aula. Estos resultados evidencian que el juego activo constituye una estrategia efectiva para fortalecer habilidades sociales relacionadas con participación colectiva y cooperación infantil. El análisis estadístico realizado mediante la prueba de Wilcoxon evidenció diferencias significativas entre pretest y postest dentro del grupo experimental en todas las dimensiones evaluadas relacionadas con desarrollo social infantil. Los valores obtenidos reflejaron un nivel de significancia inferior a $p < 0,05$, confirmando que las mejoras observadas después de la intervención pedagógica no ocurrieron por azar.

Tabla 5. Resultados de la prueba de Wilcoxon en el grupo experimental

Dimensión evaluada	Valor p
Interacción social	0,001
Comunicación social	0,002
Cooperación grupal	0,001
Participación colectiva	0,003

Fuente: Elaboración propia.

Por otra parte, la prueba U de Mann-Whitney permitió identificar diferencias estadísticamente significativas entre el grupo experimental y el grupo de control después de la intervención pedagógica. Los resultados confirmaron que los niños expuestos sistemáticamente a actividades basadas en juego activo alcanzaron niveles superiores de desarrollo social respecto a aquellos que continuaron participando únicamente en actividades pedagógicas tradicionales. Estos hallazgos evidencian que la intervención pedagógica basada en juego activo produjo efectos positivos significativos sobre el fortalecimiento del desarrollo social en niños de 2 a 3 años.

Las actividades dinámicas, cooperativas y participativas favorecieron procesos de interacción, comunicación y convivencia dentro del aula infantil, demostrando la importancia de incorporar metodologías activas dentro de los programas de educación inicial.

5. DISCUSIÓN

Los resultados obtenidos en la presente investigación evidencian que la intervención pedagógica basada en juego activo produjo efectos positivos significativos sobre el desarrollo social en niños de 2 a 3 años, especialmente en dimensiones relacionadas con interacción entre pares, comunicación social, cooperación grupal y participación colectiva. Las diferencias identificadas entre el grupo experimental y el grupo de control después de la intervención permiten afirmar que las experiencias lúdicas dinámicas y participativas favorecieron procesos de socialización infantil dentro del contexto educativo.

Estos hallazgos coinciden con los planteamientos de Vygotsky (1978), quien sostenía que el aprendizaje y el desarrollo infantil se construyen fundamentalmente mediante experiencias de interacción social desarrolladas dentro de contextos culturalmente significativos. En este sentido, las actividades de juego activo implementadas durante la investigación generaron escenarios pedagógicos donde los niños pudieron fortalecer habilidades sociales a través de experiencias compartidas, dinámicas cooperativas y participación constante con sus compañeros.

Uno de los hallazgos más relevantes del estudio corresponde al incremento significativo de la interacción espontánea entre pares observado en el grupo experimental después de la aplicación de la intervención pedagógica. Inicialmente, muchos niños presentaban conductas de aislamiento parcial, dependencia excesiva de la guía docente y limitada disposición para integrarse a actividades grupales. Sin embargo, al finalizar el proceso investigativo se evidenció un aumento considerable en comportamientos relacionados con acercamiento

voluntario, participación compartida y cooperación durante las dinámicas lúdicas. Estos resultados guardan relación con investigaciones desarrolladas por Pellegrini y Smith (1998), quienes señalaron que el juego activo favorece la construcción de vínculos sociales debido a que promueve interacción constante, comunicación espontánea y resolución compartida de desafíos simples. Las actividades motrices y recreativas aplicadas durante la intervención permitieron crear ambientes emocionalmente seguros donde los niños comenzaron progresivamente a sentirse más cómodos para interactuar con sus compañeros y participar colectivamente dentro del aula.

En relación con la dimensión comunicativa, los resultados también evidenciaron mejoras importantes en la capacidad de los niños para expresar emociones, necesidades y respuestas verbales durante las actividades pedagógicas. Después de la intervención se observó mayor iniciativa para comunicarse con compañeros y docentes, así como incremento en la participación oral durante juegos cooperativos y dinámicas grupales. Estos hallazgos coinciden con lo planteado por Berk (2013), quien sostiene que las experiencias lúdicas colectivas fortalecen el desarrollo del lenguaje debido a que integran comunicación, interacción social y expresión emocional dentro de escenarios naturales de aprendizaje. El juego activo permitió que los niños desarrollaran habilidades comunicativas mediante experiencias dinámicas donde el lenguaje surgía espontáneamente como parte de la interacción cotidiana. Además, las actividades recreativas redujeron tensiones y favorecieron ambientes más relajados donde los niños pudieron expresarse con mayor seguridad y confianza.

Los resultados relacionados con cooperación y participación grupal evidenciaron igualmente avances significativos dentro del grupo experimental. Antes de la intervención, muchos participantes mostraban dificultades para compartir materiales, esperar turnos o colaborar durante actividades colectivas. No obstante, las dinámicas basadas en juego activo favorecieron progresivamente conductas relacionadas con ayuda mutua, integración grupal y respeto de normas simples de convivencia. Estos hallazgos coinciden con investigaciones desarrolladas por Rubin et al. (2006), quienes señalaron que las experiencias grupales durante la primera infancia fortalecen habilidades prosociales esenciales para la adaptación escolar y el desarrollo socioemocional posterior. A través de juegos cooperativos y actividades motrices compartidas, los niños aprendieron gradualmente a coordinar acciones, resolver pequeños conflictos y construir relaciones más positivas con sus compañeros. En consecuencia, los resultados

obtenidos reflejan que el juego activo constituye una estrategia pedagógica efectiva para fortalecer procesos iniciales de convivencia y cooperación infantil.

Desde una perspectiva neuro educativa, los resultados de la investigación también permiten interpretar que las actividades dinámicas y motrices favorecieron condiciones más adecuadas para el aprendizaje social durante la primera infancia. El movimiento corporal y la participación estimularon procesos de atención, motivación y regulación emocional que facilitaron la interacción grupal dentro del aula. Diamond (2015) sostiene que las experiencias físicas y lúdicas durante edades tempranas fortalecen funciones ejecutivas relacionadas con adaptación conductual, control emocional y habilidades sociales.

En este contexto, las mejoras observadas en el grupo experimental pueden comprenderse no únicamente como resultado de la recreación o entretenimiento, sino también como consecuencia de procesos neurocognitivos asociados a la actividad física y la participación en experiencias pedagógicas significativas. Las actividades implementadas permitieron que los niños aprendieran mediante exploración, movimiento y contacto directo con otros compañeros, elementos esenciales para el desarrollo integral durante la primera infancia.

Otro aspecto relevante identificado durante el estudio corresponde al papel desempeñado por el docente dentro del proceso de intervención pedagógica. Las observaciones realizadas evidenciaron que el acompañamiento activo del educador resultó fundamental para orientar las dinámicas lúdicas hacia objetivos relacionados con fortalecimiento del desarrollo social. Aunque el juego conserva un componente espontáneo, la mediación pedagógica permitió organizar experiencias cooperativas, estimular participación grupal y favorecer resolución positiva de conflictos simples. Estos resultados coinciden con los planteamientos de Bodrova y Leong (2015), quienes afirman que el acompañamiento docente durante actividades lúdicas fortalece significativamente los procesos de aprendizaje social infantil. La intervención pedagógica aplicada en esta investigación demostró que el juego activo alcanza mayor efectividad cuando se desarrolla mediante planificación estructurada y estrategias metodológicas adaptadas a las características evolutivas de los niños pequeños.

Los hallazgos obtenidos también permiten reflexionar sobre las limitaciones existentes en numerosos contextos educativos donde todavía predominan metodologías tradicionales centradas en actividades sedentarias y repetitivas. Durante el desarrollo de la investigación se evidenció que muchos niños inicialmente presentaban escasas oportunidades de interacción dinámica dentro de las actividades pedagógicas habituales. Esta situación coincide con lo

expuesto por Peralta (2020), quien señala que uno de los principales desafíos de la educación inicial contemporánea consiste en transformar prácticas pedagógicas tradicionales hacia metodologías más activas, participativas y centradas en el desarrollo integral infantil. Los resultados obtenidos en el grupo experimental demostraron que las experiencias basadas en movimiento, cooperación y juego favorecen aprendizajes sociales más significativos que aquellas dinámicas excesivamente estructuradas donde la participación infantil permanece limitada. En consecuencia, el estudio confirma la necesidad de fortalecer estrategias pedagógicas innovadoras dentro de los programas de educación inicial.

Desde una perspectiva socioemocional, las mejoras observadas en los niños del grupo experimental también reflejan que el juego activo favoreció ambientes educativos más afectivos y emocionalmente positivos. Durante las sesiones lúdicas se identificó mayor entusiasmo, seguridad emocional y disposición para participar colectivamente dentro del aula. Estas condiciones facilitaron procesos de integración social y fortalecieron progresivamente la confianza interpersonal entre compañeros. Saarni (1999) sostiene que las competencias emocionales desarrolladas durante la primera infancia poseen una estrecha relación con la capacidad de establecer relaciones sociales saludables y adaptarse adecuadamente a distintos contextos educativos. En este sentido, las actividades implementadas no solo estimularon habilidades sociales visibles, sino también procesos emocionales relacionados con autoestima, seguridad y expresión afectiva durante la convivencia escolar.

Los resultados estadísticos obtenidos mediante las pruebas de Wilcoxon y Mann-Whitney confirmaron además que las mejoras observadas en el grupo experimental presentaron significancia estadística, demostrando que la intervención pedagógica produjo cambios reales sobre el desarrollo social infantil. Las diferencias identificadas entre pretest y posttest reflejan que el juego activo generó impactos consistentes sobre múltiples dimensiones relacionadas con interacción, comunicación y cooperación infantil. Estos hallazgos fortalecen la evidencia científica existente sobre la importancia de incorporar metodologías activas dentro de la educación inicial y coinciden con investigaciones previas desarrolladas por García y Mendoza (2022), quienes identificaron efectos positivos similares en programas pedagógicos centrados en actividades lúdicas cooperativas.

Los resultados de la investigación permiten concluir que las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo constituyen una herramienta educativa efectiva para fortalecer el desarrollo social en niños de 2 a 3 años. Las actividades dinámicas, cooperativas y

participativas favorecieron significativamente procesos de interacción, comunicación y convivencia dentro del aula infantil, demostrando que el aprendizaje social durante la primera infancia se fortalece cuando los niños participan activamente en experiencias lúdicas contextualizadas y emocionalmente significativas. Asimismo, la investigación evidencia la necesidad de continuar promoviendo modelos pedagógicos centrados en juego, movimiento y participación infantil como elementos fundamentales para garantizar un desarrollo integral saludable durante los primeros años de vida.

6. CONCLUSIÓN

La investigación permitió concluir que la intervención pedagógica basada en juego activo produjo efectos positivos significativos sobre el desarrollo social en niños de 2 a 3 años, evidenciándose mejoras importantes en interacción entre pares, comunicación social, cooperación grupal y participación colectiva dentro del contexto educativo. Los resultados obtenidos demostraron que las actividades lúdicas dinámicas favorecieron procesos de socialización más efectivos en comparación con las metodologías pedagógicas tradicionales aplicadas en el grupo de control.

Asimismo, las diferencias identificadas entre pretest y posttest confirmaron estadísticamente que el juego activo constituye una estrategia pedagógica pertinente para fortalecer habilidades sociales durante la primera infancia. En consecuencia, el estudio evidenció que las experiencias basadas en movimiento, exploración e interacción permiten generar ambientes educativos más participativos, afectivos y estimulantes para el desarrollo integral infantil. La investigación también permitió determinar que las actividades de juego activo fortalecieron significativamente la interacción espontánea entre los niños, favoreciendo conductas relacionadas con cooperación, integración grupal y construcción de vínculos positivos dentro del aula.

Inicialmente, muchos participantes presentaban dificultades para compartir materiales, participar colectivamente o establecer comunicación constante con sus compañeros. Sin embargo, después de la intervención pedagógica se observó mayor disposición para integrarse a dinámicas grupales, colaborar durante actividades recreativas y resolver situaciones simples de convivencia mediante interacción positiva. Estos resultados evidencian que el juego activo no solo estimula dimensiones motrices y recreativas, sino que también contribuye directamente al fortalecimiento de habilidades sociales esenciales para la adaptación escolar y el bienestar emocional infantil. En relación con la dimensión comunicativa, la investigación concluyó que

las experiencias lúdicas activas favorecieron significativamente la expresión verbal y la comunicación interpersonal en niños pequeños.

Las dinámicas cooperativas implementadas permitieron crear espacios pedagógicos donde los participantes se sintieron progresivamente más seguros para expresar emociones, necesidades y respuestas dentro de actividades grupales. Asimismo, el estudio evidenció que los ambientes educativos basados en juego reducen tensiones y favorecen procesos de interacción más espontáneos y naturales durante la primera infancia. Desde esta perspectiva, el fortalecimiento de habilidades comunicativas mediante estrategias lúdicas representa un elemento fundamental para promover procesos adecuados de socialización y convivencia escolar en edades tempranas.

Los resultados permitieron concluir además que el acompañamiento docente desempeñó un papel esencial dentro de la efectividad de la intervención pedagógica aplicada. La planificación estructurada de actividades, la mediación constante del educador y la creación de ambientes emocionalmente positivos favorecieron la participación de los niños durante todo el proceso investigativo. En este sentido, el estudio evidenció que el juego activo alcanza mayor impacto pedagógico cuando las experiencias lúdicas son organizadas intencionalmente para estimular interacción, cooperación y aprendizaje social dentro del aula infantil. Por ello, resulta fundamental fortalecer la formación docente relacionada con metodologías activas y estrategias lúdicas orientadas al desarrollo integral durante la educación inicial. La investigación concluyó que las intervenciones pedagógicas basadas en juego activo constituyen una alternativa educativa efectiva para fortalecer el desarrollo social durante la primera infancia y responder a las necesidades actuales de la educación inicial.

El estudio evidenció la necesidad de transformar prácticas pedagógicas tradicionales centradas en actividades sedentarias y repetitivas hacia metodologías más participativas, dinámicas y contextualizadas a las características evolutivas del niño pequeño. Asimismo, se reconoce que el fortalecimiento del desarrollo social en edades tempranas representa un elemento esencial para garantizar adaptación escolar, bienestar emocional y construcción saludable de relaciones interpersonales futuras. Desde esta perspectiva, la incorporación sistemática del juego activo dentro de los programas de educación inicial puede contribuir significativamente al desarrollo integral infantil y al fortalecimiento de experiencias educativas más inclusivas, afectivas y humanizadas.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Berk, L. (2013). Child development (9th ed.). Pearson Education.
<https://www.pearson.com/en-us/subject-catalog/p/child-development/P200000003479/9780205957606>
- Bodrova, E., & Leong, D. (2015). Tools of the mind: The Vygotskian approach to early childhood education (3rd ed.). Pearson Education. <https://www.pearson.com/en-us/subject-catalog/p/tools-of-the-mind-the-vygotskian-approach-to-early-childhood-education/P200000003296/9780132868594>
- Bruner, J. (1983). Child's talk: Learning to use language. Oxford University Press.
<https://global.oup.com/academic/product/childs-talk-9780393953459>
- Denham, S. A., Blair, K. A., DeMulder, E., Levitas, J., Sawyer, K., Auerbach-Major, S., & Queenan, P. (2003). Preschool emotional competence: Pathway to social competence? Child Development, 74(1), 238–256. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00533>
- Diamond, A. (2015). Effects of physical exercise on executive functions: Going beyond simply moving to moving with thought. Annals of Sports Medicine and Research, 2(1), 1011–1015. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4338394/>
- García, M., & Mendoza, P. (2022). Estrategias lúdicas para fortalecer habilidades sociales en educación inicial. Revista Latinoamericana de Educación Infantil, 11(2), 45–61. <https://doi.org/10.17561/rlei.11.2.3>
- George, D., & Mallery, P. (2019). IBM SPSS statistics 26 step by step: A simple guide and reference (16th ed.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429056765>
- Ginsburg, K. (2007). The importance of play in promoting healthy child development and maintaining strong parent-child bonds. Pediatrics, 119(1), 182–191. <https://doi.org/10.1542/peds.2006-2697>
- Hernández, R., & Mendoza, C. (2018). Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta. McGraw-Hill Education.
<https://virtual.cuautitlan.unam.mx/rudics/?p=2612>
- Peralta, M. (2020). Calidad y prácticas pedagógicas en educación inicial latinoamericana. Revista Iberoamericana de Educación, 82(1), 103–126. <https://doi.org/10.35362/rie8213662>
- Piaget, J. (1962). Play, dreams and imitation in childhood. W. W. Norton & Company.
<https://wnorton.com/books/9780393001716>

- Pellegrini, A., & Smith, P. (1998). Physical activity play: The nature and function of a neglected aspect of play. *Child Development*, 69(3), 577–598. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.1998.tb06226.x>
- Ramírez, J., & Torres, L. (2021). Juego cooperativo y desarrollo socioemocional en niños de educación inicial. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 15(2), 87–102. <https://doi.org/10.18359/reds.5678>
- Rubin, K. H., Bukowski, W., & Parker, J. G. (2006). Peer interactions, relationships, and groups. In W. Damon & R. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology* (6th ed., pp. 571–645). Wiley. <https://doi.org/10.1002/9780470147658.chpsy0310>
- Saarni, C. (1999). *The development of emotional competence*. Guilford Press. <https://www.guilford.com/books>
- Shonkoff, J., & Phillips, D. (2000). *From neurons to neighborhoods: The science of early childhood development*. National Academy Press. <https://doi.org/10.17226/9824>
- Tremblay, M., Carson, V., Chaput, J. P., Connor Gorber, S., Dinh, T., Duggan, M., Faulkner, G., Gray, C., Gruber, R., Janson, K., Janssen, I., Katzmarzyk, P., Kho, M., Latimer-Cheung, A., LeBlanc, C., Okely, A., Olds, T., Pate, R., Phillips, A., Poitras, V., ... Zehr, L. (2017). Canadian 24-hour movement guidelines for the early years (0–4 years): An integration of physical activity, sedentary behaviour, and sleep. *BMC Public Health*, 17(5), 874–898. <https://doi.org/10.1186/s12889-017-4859-6>
- UNESCO. (2023). *Early childhood care and education*. UNESCO <https://www.unesco.org/en/early-childhood-education>
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University Press. <https://www.hup.harvard.edu/books/9780674576292>



CONSEJO EDITORIAL REVISTA CIENCIA Y EDUCACIÓN

Asunto: Certificado de
aceptación para revisión y
publicación de artículo científico

Oficio N* Cienc-educ2026-221202-C
Ecuador, 13 de Mayo del 2026

El Consejo Editorial Revista Ciencia y Educación (CERCE) y la
Comisión de Publicaciones de Ecuatesis (CPE)

CERTIFICAN:

Que el artículo científico denominado: ***“Intervención pedagógica basada en el juego activo para fortalecer el desarrollo social en niños de 2 a 3 años”***, Siendo:

***Autores: Lic. Pamela Carolina Bonilla Ramos,
Abg. Andrea Elizabeth Guijarro Machado
Mgtr. Steven Arturo Torres Burgos.***

Fue:

Enviado: 10 de Mayo del 2026

Comienzo de revisión: 10 de Mayo del 2026

Fue presentado, para su revisión, aprobación y publicación por el autor principal ante el Consejo Editorial de la Revista Ciencia y Educación, siendo **ACEPTADO** para su publicación en el número correspondiente con la **Edición Especial IV del 2026**. Lo cual consta dentro del sitio web de la revista **Ciencia y Educación**.

Es todo cuanto podemos certificar en honor a la verdad, facultando a los interesados hacer uso del presente documento.

Atentamente

Duanys Miguel Peña Lopez

Director General



UNEMI

UNIVERSIDAD ESTATAL DE MILAGRO

¡Evolución académica!

@UNEMIEcuador

